


A portrait of Maximiliano Marangós, a man with short grey hair, smiling and wearing a black t-shirt and blue jeans. He has extensive tattoos on both arms, including a large rose on his left forearm and the word 'Amor' on his right. He is wearing a silver watch on his left wrist. The background is black.

EL GEN GANADOR

Un hombre sencillo, una historia
de éxito extraordinario

MAXIMILIANO MARANGÓS

 Planeta

Maximiliano Marangós

EL GEN GANADOR

Capítulo 1

Levantarse una y mil veces

En una familia de origen griego, ser el del medio tiene sus beneficios. Nací en el 76, mi hermana en el 81 y mi hermano en el 72. Por tradición, mi hermano mayor cargó con toda la responsabilidad en el negocio familiar. Mi padre siempre le exigió muchísimo más a él que a mí. Para los griegos el hijo mayor corre con toda la presión y debe ser el líder, el que está al lado del padre. Dadas estas condiciones, fui más libre y tuve la posibilidad de aprender a arriesgar e innovar.

Mi hermano debería haberse dedicado a jugar al fútbol, realmente era un crack. Tenía unas virtudes que nadie podía creer, contaba con características indescriptibles: fuerza, talento, gambeta corta y larga, pique y una pegada extraordinaria. Mi viejo era hijo de un inmigrante que abandonó Grecia por la guerra. Mi abuelo viajó a Argentina en barco y compartió camarote nada más y nada menos que con Aristóteles Onassis. Compartieron un espacio ínfimo donde ni siquiera podían abrir la puerta del baño. Ninguno de los dos hablaba una palabra en español. Teodosio llegó a una tierra desconocida y sin hablar el idioma, se puso a vender garrapiñadas en las calles de Buenos Aires, algo que en esa época era ha-

bitual para los inmigrantes. Se la rebuscaban como podían.

Mi abuelo solía pasear con mi abuela por la Costanera en las tardes de domingo. Allá por los años 80 desgraciadamente lo atropelló una moto. No me puedo olvidar el día que sonó el teléfono en la casa de mi viejo y la desesperación con la que mi papá preguntaba si estaba vivo. El abuelo voló por el aire, el conductor se fugó y quedó muchísimo tiempo postrado. La angustia de verlo tanto tiempo en la cama mal se compensó un poco con todo el tiempo que pasé con él. Teníamos una conexión increíble que pudimos fortalecer en una habitación con una cama ortopédica y una luz débil. Puedo sentir todavía los olores, ver el color de las sábanas y escuchar el tono de su voz cuando me pedía que tomara la manija para levantar el sector de la cama para subir las piernas. Solo conectar con ese recuerdo me hace sentir un frío en las venas difícil de explicar. Me encantaba escucharlo, hablaba con una voz pausada y tenue. Me contaba de la montaña, de la guerra, de cómo escapó, de los bombardeos y siempre con los ojos llenos de lágrimas trataba de explicar cómo es dejar atrás a toda la familia.

Muchos años después de eso, tuve la oportunidad de conocer la isla donde él nació. Tengo una particularidad, que quizás comparto con otros enamorados del fútbol, toda mi vida está medida en mundiales. Cada cuatro años hay uno y todos mis recuerdos se ubican antes o después de los campeonatos. Así que siempre cuento que después del mundial del 86, conocí Lefkada, el pueblo donde nació mi abuelo. Fue un viaje muy hermoso y muy emotivo. Me acuerdo que mi viejo buscó y buscó, y finalmente dio con una pariente que compartía nuestro apellido que resultó ser su tía. Pude ver cómo ese víncu-

lo se consolidó con un abrazo sincero y cargado de emoción. Yo tenía 10 años y todavía no tenía idea de lo que estaba viviendo. La tía nos invitó a comer y vivimos una experiencia inolvidable. Todavía me acuerdo de ese particular olor que había en la casa y que estaba impregnado en las cortinas y almohadones: el intenso aroma del aceite de oliva frito. Nos homenajeó con las clásicas papas fritas con aceite de oliva griego. No quería comer pero mi viejo, muy a su estilo, me dijo: “comé porque te mato”. Por supuesto, las comí.

Rodeados de cabras, la tía nos acompañó a ver la casa de mi abuelo que estaba totalmente en ruinas, no había quedado prácticamente nada. Mi amado viejo, de la emoción, angustia, desesperación y llanto, empezó a buscar algo para llevarse. Después de revolver y revolver, encontró una manija que era de la puerta de entrada de la casa de mi abuelo y se la llevó de recuerdo. Una de las cosas que mi viejo me dijo antes de morir fue que nunca se olvidó y tampoco entendió por qué yo lloré tanto cuando nos fuimos de Lefkada. Ni él ni mi mamá nunca comprendieron por qué siendo tan chico, conecté tanto con ese lugar. Si tengo que encontrar una explicación es que vi el lado B de mi viejo que para mí era Superman. Veníamos de visitar todas las islas griegas, Corfú, Mykonos, Santorini, la clásica y emblemática Atenas, parando en hoteles cinco estrellas. El calor era tal que teníamos que suspender las caminatas de la tarde. Verlo a mi viejo recogiendo esa manija con un llanto inconsolable me conmovió profundamente. Ahí empecé a entender que el pasado es presente. Hoy tengo en mi mente pinceladas de los aromas, las imágenes de las cabras, las ancianas vestidas de negro y la isla rodeada de un mar celeste que muy pocas veces volví a ver.

Mi viejo tuvo suerte. Mi vieja es una máquina de generar y dar amor. Nunca en la vida conocí a una mujer igual. Tuve una infancia feliz por donde lo mire. Jamás me faltó nada. Su papá falleció cuando ella era muy pequeña de un infarto en el comedor de la casa con mi mamá y mi tía presentes. Mi abuela Elsa se quedó sola. Tuvo una vida dura y atravesada por esa tragedia. Mi madre se casó con mi viejo cuando tenía 17 y él 28. Siempre me contaba que cuando mi viejo le fue a pedir la mano a mi abuela, ella le contestó que era un degenerado. Con la simpatía que lo caracterizaba, con el tiempo logró convencerla. Mi vieja quedó embarazada en su luna de miel y a mí me tuvo a los 21.

Con el viejo teníamos una química muy especial, con solo mirarnos nos entendíamos. Y esto era para lo bueno y también para lo malo. Era un tipo generoso que te daba hasta lo que no tenía. También era muy duro y parco, no era demostrativo pero conmigo tenía una piel y un feeling diferentes. Los viejos se peleaban por cosas mínimas y por cualquier cosa se venía la bataola. Si mi viejo quería salir a las 9 y salíamos a las 9.15, se enojaba, se arruinaba la cena, el viaje o cualquier plan. Mi viejo no tenía freno pero juntos eran dos locos lindos.

Hasta la época del secundario vivía con miedo de que mis padres se separasen. Era un temor que lo sentía todos los días de mi vida. Cuando perdí ese temor, lo hicieron. Cuando nosotros ya estábamos más grandes, ella dijo basta, hasta acá llegué.

Infancia y primer trabajo

En mi infancia fui obeso. La obesidad para mí era una cruz, la padecí. No la pasaba bien con este tema, me an-

gustiaba, lloraba, me escondía, no me gustaba ir a la playa porque no me quería sacar la remera. Sufrí de cerca lo que hoy se llama *bullying* cuando nadie conocía el término. Me salvaba que jugaba muy bien al fútbol, atajaba muy bien. Era brillante. Todo el mundo le decía a mis viejos: “Si con lo gordo que está ataja así, hay que hacerlo adelgazar”. Fui el arquero mejor vestido de GEBA de la historia, me empilchaba como los dioses, tenía un *glamour* incomparable, combinaba las medias con el pantalón y la remera. Hasta los guantes hacían juego con todo. Me vestía como si fuese el Pato Fillol en el 78. Solía copiar modelos de arqueros italianos. Siempre tuve mucho amor propio y además, gracias a Dios, tenía un hermano mayor que me defendía a ultranza cuando los chicos —con la crueldad que los caracteriza— me decían gordo.

De ese vínculo con mi hermano, tengo una lista de agradecimientos. Mi hermano me protegió. Siempre estuvo detrás del arco de la cancha 6 de GEBA, trepado al árbol para que yo pudiese intentar atajar tranquilo con mi obesidad a cuestas y que nadie me molestara. ¡Cuidado el que se metía conmigo o me insultaba! Era mi ángel de la guarda. Me cuidó en el colegio, me integró a sus grupos de amistades. Me llevó los miércoles de entrenamiento durante años. El miércoles era mi día favorito. Cuando terminaba el Show de Mickey con las Trillizas de Oro empezaba a vestirme para ir al entrenamiento. Aceptó, sin decir nada, que yo atajara en el equipo donde él era la figura. A esa edad, jugar con él y en ese equipo era lo que más quería en el mundo. Debo agradecer a Gustavo Barbieri que con solo 16 años me puso en Primera en GEBA.

Un día, cuando tenía 14 o 15 años, estaba de vacaciones en Mar del Plata en un hermoso departamento de mis padres en Playa Grande. Vi una nota en *El Gráfico* donde Maradona estaba corriendo en una cinta cardio con un polar y el título decía: “Esta es la mujer que me salvó la vida, por esta mujer pude volver a jugar”. Se trataba de la doctora Patricia Sangenis, con quien hoy mantengo un vínculo. Busqué su teléfono en la guía y pedí un turno. Ese año nos volvimos antes de las vacaciones para que yo pudiera ver a la doctora en su centro de Nutrición Sport Medicine. Mis viejos estaban emocionados, aun cuando tuvieron que interrumpir su descanso, con la esperanza y el orgullo de que me había decidido a cuidar mi salud.

Llegué al consultorio con 18 kilos arriba. La doctora Patricia me preguntó por qué estaba ahí y qué pensaba hacer. Le confesé mi mayor sueño: voy a jugar en River. Faltaban tres meses para las pruebas de la categoría 76. Solo tres meses y el gran desafío por delante de entrar. Me hizo todas las pruebas de rigor, que como no podía ser de otro modo, me dieron pésimo. El valor del ácido úrico era inusualmente alto para una persona de mi edad. El miedo corrió por las venas de mi madre porque había riesgo de que pudiera padecer gota. Entrené como nadie a esa edad. Hacía triple turno, todos los días de lunes a lunes. Mi abuela Elsa me ayudó a comer sano a diario haciéndome la dieta a rajatabla. No podía comer ni un gramo más ni un gramo menos. Me comprometí con ella y lo hice. Corría 45 minutos, después iba al gimnasio, hacía pesas, luego pasadas en los Bosques de Palermo. Hice un esfuerzo enorme y para mí ese es el secreto para hacer negocios y para la vida: para todo hay que hacer el esfuerzo. Finalmente, pasados los tres me-

ses, bajé 17 kilos. Me probaron en River y fue espectacular. Entré en las inferiores. La satisfacción que sentí fue increíble. Ahí me demostré que, con sacrificio, todo se puede.

Mi papá arrancó de abajo. Siempre me contaba que el abuelo Teo le hacía baldear los pisos del salón, limpiar los baños, las vidrieras y mantener todo limpio, prolijo y ordenado. Mi padre junto con mi abuelo y mi tío hicieron un imperio. En la Avenida Callao 131 se pusieron a vender bombones y chocolates. Más adelante dieron el salto y crearon algo de avanzada para la época: Savoy, la bodega del mundo. Era una vinoteca emblemática de la Ciudad de Buenos Aires donde toda la mercadería importada se conseguía solo ahí. Como buen comerciante, mi abuelo empezó a ofrecer lo que la gente le pedía: caramelos, bombones, champagne, licores, bacalao, la lista era infinita. El éxito llegó de la mano de la genialidad e inteligencia de mi tío Mario, un ser superior, dicho por todos los proveedores, y el esfuerzo de mi viejo.

El punto máximo de popularidad de Savoy se dio gracias a un gesto de mi padre que inteligentemente tomó una decisión muy acertada cuando Hugo Sofovich y Alberto Olmedo llegaron por primera vez al local. Hicieron una compra majestuosa y mi padre con un olfato increíble no les cobró y les dijo además que para él era un honor que visitaran su empresa. Algo que más tarde se convirtió en lo más barato que pagó en su vida. Unas noches después, en el programa *No toca botón* nos sorprendió una creación de Hugo Sofovich. Armó un sketch donde los protagonistas eran “Los hermanos Zapata Marangós”. Durante cuarenta minutos, Olmedo bromeó con Savoy y ahí surgió la primera PNT (publici-

dad no tradicional) de la televisión argentina. Olmedo en lugar de decir “ya voy”, cuando lo llamaban los profesores decía “Sa voy, sa voy”. A partir de ahí en el colegio me llamaban: Zapata Marangós.

Arranqué a trabajar con ellos esporádicamente a los 10 años. A esa edad ayudaba a armar las cajas navideñas, a embolsar por kilo las nueces que se compraban a granel. Mi tío Mario, con su bigote y cuerpo fortachón, lo sentó a mi viejo y le dijo: “A partir de hoy, Maxi es empleado mío, vos no tenés nada que ver y no le das ninguna orden”. Él me enseñaba, me guiaba, me decía cómo fichar y me explicaba con mucha paciencia lo que era importante y lo que no. Murió de cáncer en el '89. Lo velaron en el Colegio La Salle y fue multitudinario. El gordo, como le decían, era el tipo más generoso que podíamos conocer en la tierra. En ese velorio había muchísima gente. Todos lo querían. Con él también tuve una química especial. Creo que después del día que murió mi viejo, ese fue el día que más lloré. Se había ido una parte importante de mi vida.

Cuando terminé el colegio, mi viejo dijo: “Acá o se estudia o se trabaja”. Le dije: “Conmigo no pierdas el tiempo, no voy a estudiar, así que pongámonos a trabajar”. Mi sueño era jugar en River pero si así lo hacía mi viejo me iba a cortar todos los víveres.

Hablar con mi papá no era fácil. Era un tipo rudo, frío y por momentos soberbio. En la puerta de la oficina había una especie de semáforo con dos botones, uno verde y uno rojo. Cuando estaba rojo, estaba terminantemente prohibido pasar y cuando estaba en verde, previo tocar la puerta, se podía entrar. Este sistema lo define de cuerpo y alma. No era un tipo fácil pero tenía mil cosas buenas también para destacar.

En la empresa familiar, en diciembre se facturaba el 80% de los ingresos anuales. ¡Una locura! Un negocio, que hoy visto a la distancia y con mi experiencia, es inviable. El viejo nos agarraba a mi hermano y a mí y nos decía: “Ahora a morir, acá se deja la vida”. Una frase que me acompaña porque resume lo que es dar todo, ponerle garra, meterle con ganas, dejar la vida y jugar a ganar. Eran 30 días ininterrumpidos, sin descanso, donde dormíamos sobre las bolsas de nueces y parábamos dos o tres horas para darnos una ducha y descansar un rato. Yo era el encargado de la carga de los fletes, cuestión que me apasionaba. Cargaba entre 40 y 50 camionetas por día. En general y rutinariamente, trabajábamos muchas horas, de lunes a sábados de 9 de la mañana a 21. Después en Jackie O., mi primer negocio propio, trabajé así durante 18 años sin ningún fin de semana, días del amigo, del padre, de la madre. Nunca me quejé porque si hay algo que le agradezco a mi viejo es la cultura del trabajo.

El negocio propio

No uso agenda, no uso computadora, odio la tecnología, tengo todo en la cabeza. Me acuerdo de las personas, de los acuerdos, de lo que digo, de lo que firmo y los desacuerdos. No soy rencoroso, pero sí memorioso como dice la querida Mirtha Legrand. Me acuerdo de lo bueno y de lo malo: nunca me olvido de la gente que me ayudó, me aconsejó y que me guio como mi abuelo, mi papá y mi tío.

El 22 de diciembre de 1999 con un socio inauguramos Jackie O. —por Jacqueline Onassis— y me involucré en cada detalle: la obra, los proveedores, la cartelería, el

menú. Solo tenía 23 años y a mi viejo no le pedí ningún consejo porque sabía que no le iba a gustar que me alejara de la empresa familiar. Un amigo, bastante mayor que yo, me ofreció sumarme a una sociedad para poner en marcha este local en Las Cañitas, en la Ciudad de Buenos Aires. Finalmente en 2008 ocurrió lo lógico, me quedé liderando todo, porque básicamente era yo el que trabajaba, el que atendía las inspecciones, el que estaba en la cocina y me dedicaba 100% al negocio.

La marca Jackie O. creció tanto que en Buenos Aires llegué a tener siete locales: Jackie O. Parrilla, Jackie & Jack que era una pizzería, Jackie O. Bar y en Mendoza un Jackie O. enorme y espectacular. Durante ese tiempo abrimos con mi viejo y mi hermano otro restaurante “El viejo indecente”, un local con características impensables. Con Carolina, mi esposa, comenzamos a diversificar y tuvimos un negocio muy exitoso de bolsos de cuero maternales. Esta idea de Caro nos permitió tener una góndola en el Paseo Alcorta Shopping. Económicamente estaba bien pero mi salud me estaba dando indicios de que no era por ahí.

El Dr. Carlos Hernández, que es como si fuera mi padre, me recomendó al médico que me sacó del estado en el que estaba, el Dr. Pedro Ferraína, un número uno. Luego de una tremenda operación, me manifestó que debía cambiar mi estilo de vida. Carlitos, como le digo yo, siempre estuvo presente en mi vida, en los momentos buenos y en los malos. Ahora tiene 83 años y conoce a mi madre desde que ella tenía 17. Conoce al clan Marangós íntegramente, hoy me guía permanentemente y hablamos todas las semanas. Cada vez que voy a Argentina hago una parada en su consultorio que conserva los ceniceros de bronce, los sillones de cuero y las paredes

verdes como un quirófano de los 80. Entrar ahí es caminar por un túnel del tiempo y recordar cuando mis viejos me llevaban a los 4 o 5 años.

Decisiones

En el 2001, mi viejo se fundió y se me vino el mundo abajo. Que mi viejo haya perdido todo, todo, todo fue durísimo. De tener un dúplex de 400 m² a todo trapo, tuvo que pasar a alquilar un dos ambientes en un barrio bastante alejado del centro. Hoy después de casi treinta años, no lo puedo soportar. Me marcó mucho, al punto que me hizo dar cuenta de que nada es para siempre, de que los grandes imperios pueden caer. También aprendí que cuando te va mal, como decía Bonavena, te sacan el banquito y te quedás solo. Cuando se fundió no lo llamó más nadie. Y antes de eso, los presidentes de las más importantes bodegas francesas y los embajadores de todos los países, entre otros, pedían entrevistas y fotos con el dueño de Savoy, la bodega del mundo.

Cuando se fundió Savoy, yo ya había abierto Jackie O. Tenía un departamento en Palermo, un VW Golf, 1500 dólares y le debía 4.000 a un amigo que hoy es mi hermano. Cuando me agarró la mala en Jackie, llamé a mi amigo Claudio Salomone que me abrió una puerta. Tiempo antes había venido a vender publicidad en Savoy y le dimos una mano. Nos ayudamos mutuamente en distintos momentos.

Me consiguió una entrevista, en una casa muy linda en la calle Brasil, antigua, con escalera de madera, con dos hermanos dueños de una agencia, Guillermo y Gabriel —hoy mis hermanos—. La propuesta laboral fue pésima, era trabajar solo a comisión y vender los artistas de

VideoMatch. Le conté a Claudio y me dijo: “Andá y escuchá de nuevo”. Fui y la propuesta era la misma. Cuando estaba saliendo escuché el ruido de unos tacos y entraron dos chicas bellísimas, una rubia y una morocha. Consulté si trabajaban ahí y ante la respuesta positiva, me quedé yo también. La morocha es mi esposa, la madre de los mellis, con quien nos casamos en 2005. Al final, aun en la ruina no sabés que te puede deparar el destino.

Carolina es una compañera incondicional, un ser de luz. Tengo muy claro que estamos donde estamos porque me acompañó. Se bancó 13 años de Jackie O., siempre confiando y acompañando. No es fácil ser la esposa de alguien que trabaja en la noche. Ahora vivimos en Málaga y todo lo que hicimos acá, es porque me bancó en todo. Si Caro no me da el ok, no lo hago. No muevo un dedo. Ella tiene un sexto sentido que valoro muchísimo. Las decisiones de vida las tomamos juntos y después también somos muy independientes. Las comerciales tratamos de tomarlas juntos también. La impronta la llevo yo, así que cuando se me pone algo en la cabeza y ella dice que no, trato de convencerla. Ella me lleva a tierra pero también valora mi olfato y mi intuición. Confía en mí.

Soy de escuchar mucho, sobre todo a las mentes sabias. Una de las personas más inteligentes que conozco es un iluminado, un exitoso, el número uno de bebidas en Argentina, una persona muy carismática y querida por todo el mundo: Gustavo Domínguez. Lo conozco desde que yo era muy chico. Siempre tuvimos química y nos quisimos. Somos inseparables. Pasé las fiestas en su casa de Cariló del 99 al 2000. Él era muy cercano a mi tío y a mi viejo. Siempre estuve obnubilado con su persona-

lidad. Es argentino pero ahora vive en Barcelona. Es más grande que yo, pero somos muy amigos. Gustavo me transmite mucha paz. Tiene una templanza única, creo que todos necesitamos ese tipo de persona en nuestra vida. Lo siento como un hermano, es mi familia.

Cuando a mi viejo le empieza a ir mal con el negocio, siendo muy chico, le sugerí al viejo que lo sume a Gustavo como accionista. Nos estábamos yendo a pique y era la única persona que nos podía salvar. Mi viejo con un ego tan grande como el Partenón no pudo aceptarlo.

En España me tatué la frase “Seguí tus instintos”. Soy de escuchar pero también creo que el instinto prevalece frente al consejo. Me gusta escuchar a la gente que hizo, que fracasó, que tiene proyectos, que emprendió. Valorar a aquellos que hicieron una experiencia. Siempre digo, no hay que pensar tanto porque si te quedás pensando, no terminás haciendo nada.

Mi viejo me enseñó algo, que eso sí no me lo voy a olvidar nunca, siempre en la vida y en los negocios te tenés que poner en el lugar del otro. Me decía: “Sentate en el escritorio, de un lado y del otro. Te tenés que poner en el lugar del proveedor, del empleado, del cliente. Todos tenemos que ganar, no sirven los negocios donde solo gana una persona. Después la decisión que tomes es tuya, pero vos tenés que tener al menos la empatía de sentir lo que el otro está sintiendo”.

Desde mi experiencia, cada decisión implica asumir riesgos. De eso les cuento en el próximo capítulo.

Maxi resiliente

Por Carlos Hernández

Me resulta muy difícil describir a Maxi resiliente en pocos renglones, pero voy a intentarlo. Maxi tiene la genética Marangós pura y legítima. Es un comerciante nato, un creativo y un audaz, un tipo noble que sabe hacer las cosas y que en este momento en el que está promediando su vida puede sentirse satisfecho porque lo ha hecho muy bien.

Tengo muchísimas anécdotas con el autor del libro pero hay una que, además de causarme gracia, lo pinta de cuerpo entero. Estaba en Mar del Plata empezando a hacer negocios y por salir apurado del Torreón del Monje se llevó puesta la puerta de cristal que estaba impoluta. Pasó del otro lado, se lesionó fuerte pero, como su médico de cabecera, fui testigo de que aun en situaciones difíciles y dolorosas, sale adelante y con la frente alta. Maxi se la banca y es un gran amigo al que me encanta acompañar.